

EL MUNDO

Miércoles, 30 de marzo de 2005. Año XVII. Número: 5.587.

MUNDO

El muñeco de los semáforos de la ex RDA, a juicio

El Tribunal de Leipzig intenta clarificar la propiedad de estas señales de tráfico de Alemania Oriental, convertidas ahora en un objeto de culto

URSULA MORENO. Especial para EL MUNDO

BERLIN.- No hay figura más emblemática y querida para los berlineses que los muñequitos de sus semáforos. Ese hombrecito andarín, regordete y con sombrero, que da luz verde a los peatones, se ha convertido ya en una atracción turística que compite en popularidad con la Puerta de Brandeburgo o la cúpula del Reichstag.

Su paso marcial y sus ademanes soviéticos pueden verse en llaveros, toallas, camisetas y un largo etcétera de recuerdos que pocos turistas se resisten a llevarse de Berlín cuando conocen su biografía. Porque el muñequito andarín y su inseparable compañero de fatigas rojo, vieron la luz en 1961, el año en que se levantó el Muro. Y a punto estuvieron de desaparecer con su caída, si no llega a ser por una iniciativa popular que los salvó de la extinción.

Pero desde que un avezado empresario descubrió la gallina de los huevos de oro hace algo más de una década, este icono no es sólo objeto de simpáticas fotografías (obligadas en una visita a la capital alemana), sino que protagoniza también un proceso judicial.

El diseñador berlinés Markus Heckhausen, el espabilado empresario que ha montado un imperio comercial en torno al Ampelmann (el muñeco de los semáforos), ha presentado un recurso ante el Tribunal de Leipzig contra Joachim Rossberg, su contrincante germano-oriental, de la ciudad de Zwickau, que heredó la empresa que fabricaba las señales de tráfico en la República Democrática Alemana, entre ellas los semáforos.

Ambos se disputan el derecho de la patente en un litigio que comenzarán a dirimir los tribunales en abril. Y en medio de este proceso judicial se encuentra su verdadero artífice y creador, Karl Peglau, que cuenta con los derechos de autor sobre sus muñequitos.

Para este psicólogo de 71 años, que hizo carrera en la Alemania comunista, lo importante es que este icono de la estética germano-oriental no sólo tiene garantizada su supervivencia en el Este de Alemania, sino que además comienza a invadir el Oeste del país, al menos en Berlín, donde está previsto que sustituya progresivamente a sus magros colegas occidentales.

Hace 15 años nadie hubiera dado un duro por ellos. En medio de la vorágine reunificadora, las autoridades de la Alemania unida decidieron unificar las señales de tráfico, también los semáforos, por supuesto siguiendo el modelo occidental. Cuando ya estaban manos a la obra, surgió una iniciativa popular, impulsora a su vez de la creación del Comité para la Salvación de los Semáforos, cuyo objetivo específico era conservar estas figuras urbanas. Si finalmente han sobrevivido, se debió a las campañas solidarias de ciudadanos del Este y del Oeste, que protagonizaron protestas en las que salían con las camisetas que portaban los iconos a la calle. Esta marea de manifestaciones fue interpretada como un mensaje de solidaridad hacia la ex República Democrática Alemana, cuyos vestigios -creyeron algunos- había que borrar de un plumazo tras la reunificación.

Versión femenina

Entre tanto el Ampelmann ha celebrado por todo lo alto su 40 aniversario, con un libro que sigue vendiéndose como rosquillas, y vive ahora una segunda juventud desde que ha visto la luz la versión femenina. Precisamente en Dresde y Zwickau, dos ciudades que pertenecían a la RDA ya son mujeres, con falda y trenzas, las que ordenan y mandan a los viandantes.

«Estos semáforos nos recuerdan a diario el camino que queda por recorrer hasta que exista una igualdad real entre sexos», explica Kristina Winkler, la encargada de velar en la ciudad de Dresde por la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. Aunque precisamente en la República Democrática Alemana, donde había muchas más mujeres profesionalmente activas que en la vecina occidental, nunca se molestaron porque los semáforos estuvieran dominados por el sexo masculino.

Ni en sus sueños, Karl Peglau habría creído que sus hombrecitos llegarían tan lejos. «[En el momento de presentar el diseño de los hombrecillos de los semáforos] mi principal temor era que el sombrero les pareciera burgués y fuera rechazado por las autoridades reguladoras», confiesa. Desde su aceptación por las autoridades de la ex RDA, la simpatía y vitalidad de las figuras, cuya paternidad se disputan al menos dos personas, han ganado todas las batallas.